UN CUENTO INEDITO DE TAMAYO Y BAUS

Al presentar ahora un texto desconocido del buen dramaturgo del XIX, no lo hacemos pensando aportar nada fundamental para la biografía o la crítica de un escritor que, principal y casi exclusivamente, fue un autor dramático.

Sin embargo creemos que no hay detalle, por minúsculo que parezca (o lo sea, en realidad), que al reflejar una faceta más en la vida o en la obra de un hombre, no sea capaz de ayudarnos a conocerle o a comprenderla mejor y más sólidamente, sin huecos ni fisuras, sin esa imagen engañosa que a las veces nos forjamos, acartonada, «de una sola pieza», poco flexible, sin matices, nada humana en suma y por ende injusta, de un escritor o de su obra.

Hemos comenzado admitiendo que Tamayo y Baus fue, fundamentalmente, un dramaturgo, el hombre de teatro como se le ha llamado más de una vez, y es cierto. Pero además de ello, hubo en Tamayo un prosista y un poeta no dramáticos que, por las razones antes señaladas, no debemos olvidar si queremos conocerle más profundamente.

Como poeta (poeta lírico, queremos decir ahora), es casi totalmente desconocido; sólo dos o tres composiciones suyas, hoy perdidas u olvidadas (no demasiado injustamente, si atendemos a su valor intrínseco) habían visto la luz en publicaciones ocasionales de su época. Esas y varias más rigurosamente inéditas según creemos, daremos a conocer en su día, pues que las tenemos recogidas.

Como prosista (no dramático, perdónesenos la insistencia) es algo más conocido, o al menos son mayores las noticias que de esa actividad suya se conservan. Ha sido bastante difundido, p. ej., su Discurso de ingreso en la Real Academia de la Lengua Española, que versó sobre *La verdad considerada como fuente de belleza en la literatura dramática* (1). También son conocidos (o al menos «ahí están») los

---

(1) Vid. *Obras Completas de D. Manuel Tamayo y Baus*. Ed. Fax. Madrid, 1947, págs. 1.133-64.

interesantes prólogos que al frente de sus obras *Angela* y *Virginia* escribió al publicarlas (2).

Últimamente hemos estado publicando algunos epistolarios de Tamayo (3) en los que, con las limitaciones propias del género, puede también observarse alguna de las características de su prosa.

Alguna vez, prólogos debidos a su pluma, aparecieron anónimamente (4), otras no, por el contrario, aunque no siempre se recuerden (5).

No obstante, la mayoría de sus escritos en prosa, se deben a actividades académicas que, unas veces para actos públicos de aquella Corporación de que fue Secretario Perpetuo (6), otras en actividades internas de la misma, sólo conservan (o casi) los archivos de la Academia. Hablando de esa abundante colaboración en las tareas académicas, nos dice, de Tamayo, Sicars y Salvadó: «Cédulas para los diccionarios, actas de las juntas ordinarias y extraordinarias y de las comisiones, cartas a escritores españoles y extranjeros por asuntos de la Corporación, iniciativas para el nuevo edificio de la Academia, Dictámenes, Resúmenes... en todo interviene su fecunda labor» (7).

Y en efecto, aunque muchos de esos trabajos sean un tanto protocolarios, otros son verdaderos discursos de tipo oratorio, destinados a acontecimientos de gala y recepción pública en la Academia, como los Resúmenes de 1875, 1876, 1881... escritos con verdadera galanu-

---

(2) Vid. obras citadas, págs. 150-58 y 244-61.

(3) Vid. Ramón Esquer Torres: *Para un epistolario Tamayo y Baus-M. Pelayo. Bol. de la Biblioteca de M. Pelayo,* T. XXXVIII, 1962, Santander, págs. 153-72.

Para un epistolario Tamayo y Baus-Asenjo Barbieri, Bol. de la Real Acad. Esp. T. XLII, Cuaderno CLXV, enero-abril de 1962, págs. 121-143.

Epistolario de Manuel Tamayo y Baus a Manuel Cañete, Rev. de Literatura, C. S. I. C. Madrid, 1961, núm. 39-40.

Contribución al epistolario de Tamayo y Baus. Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, Castellón, 1962, oct.-dic.

(4) Por ejemplo, el Prólogo al *Diccionario de la Academia* de 1884, sin firma, es obra de Tamayo, cuyo autógrafo hemos podido consultar en los archivos de aquella Corporación, entre los papeles que constituyen el legado de la viuda de nuestro dramaturgo, doña Amalia Máyquez.

(5) El Prólogo a las *Obras Completas de Adelardo López de Ayala,* de la *Colección de escritores castellanos.* 7 vols. Madrid, 1881-85.

(6) Desde 1874 a 1898 en que murió.

(7) Narciso Sicars y Salvadó: *Don Manuel Tamayo y Baus; estudio crítico-biográfico.* Barcelona, Tipografía Católica, 1906.

ra, así como los de respuesta a Nocedal, el conmemorativo de la fundación de la Academia, la Necrología del poeta, compañero y amigo José Selgas, y tantos otros.

Los censores encargados de revisar los Resúmenes antes de la lectura pública, se producen siempre en términos altamente elogiosos como los siguientes: «...hallamos en este trabajo mucho que aplaudir y admirar» (8).

En lo fundamental estas apreciaciones coinciden con las que la casi generalidad de los críticos emiten al juzgar (ya en el terreno teatral) la prosa de Tamayo en comparación con el verso: «Me parece menos académico en verso que en prosa», dice Isidoro Fernández Flórez en 1884, para añadir: «Claro que en su prosa hay poesía» (9).

Calvo Asensio, poco entusiasta del teatro de Tamayo, admite, sin embargo: «Como prosista es terso, castizo, lozano, y algo dado al arcaísmo y un si es no es pretenciosamente limado» (10).

Sí; de «prosa limpia, sintética y castiza» (11), aunque también algo afectada, han solido calificar la mayoría de los críticos el lenguaje de Tamayo.

Ahora bien, entre todos esos escritos a que las últimas palabras se refieren y juzgan y el que ahora presentamos, hay, a más de las diferencias de género (las que pueda haber de la oratoria o el teatro respectivamente a la narración novelesca), una verdaderamente fundamental, sobre todo en Tamayo: la que existe entre el trabajo retocado, pulido, «limado» y puesto a punto, y el que, diseño aún, escrito a vuela pluma, sacamos ahora indiscretamente a luz, sin haber dado ocasión a su autor para la corrección oportuna y la enmienda acertada. El que publicamos, valga la expresión, sin contar con su permiso.

Y decimos que esta diferencia es fundamental en Tamayo, porque

---

(8) José Selgas, Luis Fernández Guerra y Manuel Cañete, en su informe al Resumen de Tamayo de 1881. (Vid. R. Esquer Torres: *Tamayo y Baus y la Real Academia Española, B. de la R. A. E,* T. XLII. Cuaderno CLXVI, mayo-agosto de 1962.)

(9) *Estudio crítico-biográfico de D. Manuel Tamayo y Baus (Autores dramáticos contemporáneos y joyas del teatro español del siglo XIX, T. II).*

(10) *El teatro hispano-lusitano en el siglo XIX.* Madrid, 1875, págs. 175.

(11) Rogerio Sánchez y F. C. Sainz de Robles, con extraña coincidencia. *(Historia de la Literatura española,* y *El teatro español;* historia y antología, respectivamente).

pocos escritores habrá habido tan extraordinariamente escrupulosos como él, antes de dar por buena para aparecer ante el público una cualquiera de sus obras por insignificante que fuera. No citaremos ya su meticulosa labor correctora en lo teatral, de que puede dar somera idea el proceso de creación y recreación de *Virginia,* con sus 7 manuscritos sucesivos e intermedios, entre la estrenada en 1853 y la de su estreno póstumo (12). Ciñéndonos exclusivamente al terreno de su prosa no dramática, diremos que en cada uno de los discursos antes citados, los borradores autógrafos que se conservan en la Academia, suponen y repiten siempre tres o cuatro veces, cuando no más, el volumen y el texto del que restaría como definitivo. En el caso de su Discurso de ingreso en la Academia, por citar un ejemplo convincente, lo que finalmente constituye un escrito de unas treinta páginas en la edición en octavo que Editorial Fax ha dado a luz y antes hemos citado (Nota n.° 1), requirió un total de 850 cuartillas y 60 folios autógrafos, de continuas y meticulosas correcciones.

Por eso, cuando ahora presentamos un cuento inédito de Tamayo, primera muestra novelada y en prosa que de él aparece, al que, de fecha desconocida, su autor tan poca atención había prestado (¿todavía, o nunca?) que ni siquiera llegó a darle título, no podemos menos de llamar nosotros la atención sobre esta particularidad diferenciadora, en lo que a su estilo prosístico se refiere.

Quizá tenga la importancia, no obstante, de ver su prosa al desnudo, sin lo «pretenciosamente limado» a que Calvo Asensio se refería.

Acaso más importancia aún tenga el darnos cuenta de cómo confirma nuestras palabras anteriores cuando veíamos en Tamayo al «hombre de teatro», el diálogo constante en que se balancea su prosa, y que la acerca a las tablas entre las que Tamayo podemos decir que nació.

---

(12) Siete han sido los que hemos descubierto, pero tenemos la convicción muy fundada de que aún existieron algunos más, y siempre llenos de tachaduras, enmiendas, titubeos, avances y correcciones de todo género. Otro tanto (acaso un poco menos acusadamente) hizo con y en sus restantes obras dramáticas y de todo tipo.

El cuento (13) forma parte del legado Tamayo a que aludíamos en la nota cuarta del presente trabajo, y que se encuentra en los Archivos de la Real Academia de la Lengua Española.

RAMÓN ESQUER TORRES

CUENTO

«Su padre le había mandado estar en casa antes de la una. Después de comer se había encerrado en su cuarto, y aprovechando breve ausencia de su madre, escondió el sombrero de incierto color que años atrás había sido azul, y con un talego de ropa sucia que había de servirle de almohada, se metió debajo de la cama de sus padres. Allí debía pasar la noche, sin dormir, por supuesto, porque si roncaba, su plan venía a tierra, el diabólico plan con que trataba de tomar impía venganza del autor de sus días.

Estuvo, pues, tendido en el suelo en helada noche de enero, hasta las cinco y media de la madrugada, sin cerrar ni un solo momento los ojos y sin moverse más que de tarde en tarde y muy poco a poco para no hacer ruido; se había propuesto dar una broma a quien torcía su voluntad mandándole estar en casa antes de la una, y aquel extraordinario mancebo era capaz de mayor hazaña.

* * *

En estrecha y mezquina sala de humilde casa de la calle de Santa María, estaba cosiendo a la luz de un quinqué en lluviosa y glacial noche de enero una mujer entrada en años, que de cuando en cuando fijaba la mirada en un reloj de pared, principal adorno de aquella habitación, y daba a cada momento claras señales de impaciencia y angustia.

Transcurrido algún tiempo, el reloj dio una sola campanada, y al oírla, púsose de pie como movida por un resorte y exclamó:

—¡La una! ¡Válgame Dios! No viene, y su padre... ¡Ahí está... sí; él es!

---

(13) Como podrá verse en el texto, Tamayo habla de *novela* en un par de ocasiones. Acaso pensara en esta narración como principio de otra más larga, de una novela que, en verdad, ya no escribió.

Y corrió al balcón, abrió las maderas y miró hacia la calle por los cristales. Un hombre se paraba entonces debajo del balcón; abrió la puerta con llave que traía consigo y entró en la casa.

La mujer cogió el quinqué y bajó el primer tramo de la escalera para alumbrar a su marido, el cual, subiéndola ya con un fósforo encendido en la mano, dijo:

—¿A qué sales a la escalera con la noche que hace?

—Te he sentido llegar, y...

—¿A que no ha venido?

La mujer no contestó. El hombre tampoco dijo una palabra mientras subía la escalera.

Ya dentro del cuarto, soltó el paraguas que chorreaba agua; quitóse la raída capa en que venía embozado; sacudióla y la colgó en una percha que había en la antesala, y tomando el quinqué, se fue hacia las habitaciones interiores.

—¿A dónde vas? —le preguntó su mujer—. El siguió andando sin contestar.

Volvió enseguida y dijo:

—No; no ha venido. Esta noche le mato, Juana.

—¡Por Dios, Pedro, por Dios!

—¡No hay por Dios que valga, le mato! —y de uno de los rincones de la sala cogió un bastón con puño de bronce que representaba una cabeza de perro, arma terrible con que facilísimamente se podía matar a un prójimo o romperle un hueso por lo menos.

—Acuéstate —dijo la mujer.

—¡Acostarme! Cuando haya vuelto el señorito.

Tomó de encima de una desvencijada cómoda un paquete de tabaco picado y un librillo de papel de fumar, sentóse al lado de una camilla que había en el centro de la habitación; extendió sobre ella un número de *La Correspondencia de España*, echó tabaco en el periódico, y se puso a hacer cigarros, con el bastón entre ambas piernas.

—Te vas a quedar helado. Mira que no hay una chispa de lumbre —dijo Juana levantando las faldas de la camilla, y meneando con la badila el brasero de hierro que había debajo y en el cual, con efecto, no quedaba más que ceniza.

—No importa, me helaré. Yo he de verle esta noche... es decir, le veré si vuelve. Y siguió haciendo cigarros.

La mujer se sentó en un sofá de Vitoria y calló durante algunos minutos, al cabo de los cuales, dijo:

—¿Habéis tenido gente esta noche?

—Muy poca, —respondió Pedro—. Con este tiempo tan malo, ¿quién había de ir a ver una comedia de...?

Pedro era un mal segundo barba de uno de los teatros de Madrid, y ganaba treinta reales diarios mientras estaba ajustado, lo cual, por regla general, no ocurría sino durante siete meses al año. Había tenido varios hijos y solamente le vivía el primero, que era éste a que ahora estaba esperando con intención si no de matarle, según él decía, de darle por lo menos unos cuantos golpes con aquel tremendo bastón. Los demás hijos se le habían muerto después de estar criados, de resultas del humor escrofuloso que heredaban de su enfermiza madre y que a mayor abundamiento mamaban en la leche de esta infeliz mujer, que no pudiendo costearles un ama, se veía precisada a envenenarlos. Tales disgustos y la estrechez en que vivía, fueron parte a empeorar el carácter de Pedro, de suyo irascible y atrabiliario. Quería, sin embargo, a su hijo, o por mejor decir, le quería y le respetaba, sufriendo el predominio que fatalmente ejerce el entendido sobre el necio, y el impasible sobre el arrebatado, porque de la impasibilidad y presencia de ánimo de Pepe (Pepe se llamaba el mozo a quien su padre quería deslomar) debería decirse mucho, si no fuera preferible esperar a que él mismo se dé a conocer con sus obras, en esta semiverídica novela; semiverídica y no verdadera del todo, porque el autor ha creído prudente y aun necesario disfrazar algún tanto los sucesos que va a referir y que real y positivamente ocurrieron años ha, no sea que muchas personas que aún viven vayan poniendo sus verdaderos nombres, si leen esta novela, a no pocos de los personajes que en ella figuran. Podrá, pues, ser tachado este libro de cualquier cosa menos de poco humano.

No se crea, sin embargo, que el realismo de esta novela sea como el de otras hoy a la moda. Esto de realismo tiene mucho de qué hablar. No será aquel que toma de la realidad lo circunstancial y lo repugnante, como si en la vida no hubiera más que pequeñez y basura; sino el realismo que aspira a informar el arte con la verdad humana. El poema en que no haya verdad humana será cualquier cosa menos drama o novela; en el arte que está debajo del sol no hay nada

inicuo. En las creaciones literarias de todos los países y de todos los tiempos, resplandece más o menos frecuentemente la verdad; pero hoy es sistema lo que no lo era antes. Esta gran conquista del arte en nuestro siglo, tiene sus inconvenientes. Apegado a la realidad, ha ganado como analítico lo que ha perdido como sintético; a fuerza de mirar los pormenores, ha llegado a no ver el conjunto; los ojos de la carne han cegado los ojos del espíritu.

* * *

Pedro seguía haciendo cigarros, hasta que el frío le engarrotó los dedos. Juana, arrebujada en el raído pañolón que tenía puesto, daba diente con diente.

—Acuéstate tú —le dijo el marido.

—¿Cómo quieres que me acueste yo y te deje así?

—Bueno, velaremos los dos.

Levantóse con trabajo porque estaba entumecido y empezó a dar paseos a lo largo de la habitación (poco más de dos metros) como una fiera enjaulada. Después salió al recibimiento y tocó la capa que estaba calada todavía, pero así y todo, se la echó encima, y arrebujándose en ella, volvió a sentarse cerca de la camilla, no sin tropezar con el bastón que no había soltado.

—Suelta ese condenado bastón —le dijo su mujer.

—Le soltaré cuando le haya roto en las costillas de tu hijo.

Sacó luego del bolsillo del gabán un papel de teatro y sujetándolo con la mano envuelta en la capa, se puso a estudiarlo.

Al cabo de un rato miró a Juana que seguía arrebujada en un extremo del sofá, y notando que sus labios se movían, le dijo:

—¿Rezas?

—¿Qué quieres que haga?

—Reza por él y por mí, que buena falta nos hace a los dos.

Volvió a reinar profundo silencio que sólo interrumpía el monótono tictac del reloj.

De pronto Juana dio un grito y se puso en pie.

—¿Que viene ya? —dijo Pedro, poniéndose también de pie, echándose atrás la capa y cogiendo el remate del bastón.

Juana abrió no sólo las maderas sino también las puertas vidrieras del balcón y entró en él.

—¿Viene? —decía Pedro.

—No, no es él.

—¿Le ves?

—No, pero conozco bien sus pasos.

Una bocanada de aire glacial entró en la habitación y por poco apaga el quinqué.

—¿Estás empecatada? Cierra ese balcón; no faltaba más sino que nos diera una pulmonía. —Juana cerró las puertas vidrieras.

—Cierra las maderas también, ciérralas —Juana obedeció.

—¿Con que no es él? Pero sí, ¿no oyes? Abren la puerta de la calle... cierran... suben...

—Pepe no es; será el vecino del cuarto de enfrente que suele recogerse tarde.

La persona que subía se detuvo en el descansillo de la escalera.

—Te digo que... —y se dirigió hacia la puerta ciego de rabia. La madre entonces exclamó:

—Aguarda, hombre, aguarda y verás...

Con efecto, oyeron la campanilla del cuarto frontero y poco después abrir y cerrar la puerta.

—Tenías razón. D. Jerónimo. ¡El demonio del tío y a qué horas se recoge también!

—Deja que cada cual viva como quiera.

—Cada cual bien, pero mi hijo...

—Si hubieras consentido en que se llevara la llave de abajo y el picaporte de esta puerta...

—¡Y que esa puerta se hubiera quedado sin llave ni cerrojo toda la noche! Pero, ¿qué le pido yo a ese condenado; vamos a ver, qué le pido? Que venga a la una, ¡a la una, a la una! ¿Es esto una exigencia? Si le mandara venir a las ocho o a las nueve... Pero no señor. A la una.

—Como todo el día está trabajando...

—Sí; trabajando... D. Antonio dice que le falta un día sí y otro no. Ya lo sabes. ¿Y qué me importa a mí que trabaje? ¿Qué fruto sacamos nosotros de su trabajo?

—¡Gana tan poco!

—No le disculpes. Calla. Gana diez reales diarios. Treinta gano yo, y sólo durante siete u ocho meses a lo más, y de esos treinta reales tiene que salir todo. Bueno que no diera ni un maravedí para gas-

to de la casa; yo no quiero que mi hijo me dé nada. ¿Pero por qué no se viste y se calza con su dinero? Te ve remendando todo el día y no se le mueve el corazón para... Es un infame... Y si no se le compraran botas andaría descalzo, y si no se le comprara ropa no podría salir a la calle.

—Tiene amigos; va alguna vez al café con ellos... fuma...

—Que no vaya al café; yo no voy. Y en fumar papelillo no se gastan diez reales diarios. ¿No tengo razón en todo lo que digo?

—Sí hombre, alguna razón tienes... Pero, ¿qué quieres que le haga...? Es el único hijo que se nos ha logrado...

—¡Más valiera...!

—¡Calla, Pedro, no ofendas a Dios! Estás tiritando... Si caes enfermo, ¿qué será de nosotros?

—No me digas otra vez que me acueste, no me lo digas.

De hombres fuertes es desistir de un propósito necio. Los débiles hacen de honra mantenerse en sus trece aunque estas trece sean un grandísimo disparate. Pedro había dicho que aquella noche no se acostaría hasta que hubiera vuelto su hijo, y ¡bonito era él para no cumplir lo dicho!

—Que no me acuesto, ¿lo oyes? Que no... Pero cuando venga... cuando venga... —y blandía el bastón que no había soltado ni un solo momento...

[El frío que le atormentaba cruelmente..., el sueño que ya no podía vencer, aumentaban su ira, y ciertamente que a entrar entonces el ausente, hubiera podido ocurrir allí lastimosa tragedia*].

—Entre los dos me vais a matar.

—¿Eso dices? ¿Tengo yo la culpa de lo que pasa? Tu hijito de tu corazón es el que se ha empeñado en matarte. Pero descuida, que antes le mataré yo a él.

Atormentado por el frío, acosado ya por sueño invencible, irritado contra su mujer y contra sí mismo, sentía, con efecto, necesidad de saciar su furia de algún modo, y a ponerse entonces delante de su vista el hijo rebelde, hubiera podido ocurrir allí lastimosa tragedia.

---

* Véase en este párrafo repetido, la única prueba de reflexión del autor sobre el estilo de la narración.

Púsose de nuevo a pasear por la habitación pisando muy fuerte como para calentarse los pies, y haciendo sonar el bastón en que al andar se apoyaba.

—¿Te has vuelto loco? —le dijo su mujer—. Vas a despertar a los vecinos del cuarto segundo.

—Que se despierten —contestó él—. Yo hago en mi casa lo que quiero. Y siguió andando.

Juana se sentó otra vez en el sofá, y levantándose el mantón con ambas manos hasta cerca de los ojos y juntando allí los dos lados, hízose como un... en que respirar aire menos helado.

Cuando Pedro se hubo cansado de ir de una a otra pared de la sala, tomó asiento en el otro extremo del sofá. No se oyó más entonces que el monótono golpear del reloj, y de cuando en cuando los rugidos del viento, y el agua que azotaba los cristales.

Pedro se quedó al fin dormido, pero no gozó de esta dicha sino breves instantes, porque el bastón, escapándosele de la mano, cayó al suelo con estrépito, y marido y mujer se levantaron al tiempo sobresaltados: ella porque ignoraba la causa de aquel ruido; él porque la adivinó enseguida, y se avergonzó de su debilidad. Por si podía ocultarla, se lanzó apresuradamente a coger el bastón, y como estaba entumecido y no bien despierto, y la capa no le permitía moverse con libertad, dio un traspié, y a no sostenerle Juana, hubiera caído de bruces; mas no por eso dejó de apoderarse del palitroque destinado a ser parte integrante de su persona durante aquella malhadada noche.

—¿Con que me engañabas? —exclamó con redoblada furia—. ¿Con que tu hijo no venía siempre antes de las dos, según decías?

—Te juro que solo rara vez había venido después de las dos.

—Luego esta noche lo hace adrede para burlarse de mí.

El reloj dio en el mismo instante cinco campanadas.

—¡Las cinco! ¡Las cinco! Y mañana, es decir, hoy, tendrás ensayo a las once y función por la noche. No vas a poder tenerte de pie.

En esto volvieron a oirse pasos en la calle. Pedro fue quien entonces corrió al balcón, abrió las maderas y miró por los cristales.

El quidam cuyos eran los pasos, iba por la acera de enfrente y pasó de largo.

—Sí; me voy a acostar... Yo le dije que esta noche no me acostaría hasta que él viniera; no le dije que me estaría esperándole hasta el día del juicio. ¡Me las pagará! ¡Me las pagará! ¿Qué haces ahí parada? Acuéstate. Ya entrará cuando estemos levantados.

—¿A qué he de acostarme a esta hora? Dentro de nada tendré que irme a la plaza... luego dormiré.

—Sí, mejor es que le esperes. Si viene mientras yo esté dormido, dile que le echo de mi casa; que viva de lo suyo. Y que procure que yo no le vea hoy, ni mañana, ni en tres o cuatro días, porque si le veo antes de que se me haya pasado esta ira que siento... —Y ya se había quitado la capa y no acertaba a quitarse el gabán, hasta que cayó de pronto en la cuenta de que el pícaro palo que aún tenía en la mano era la causa de que no pudiera valerse; y ciego de ira arrojóle sobre la camilla que, con el impulso del golpe y con el peso de aquella cachiporra, se venció del lado en que estaba el quinqué, y éste rodó al suelo haciéndose pedazos.

—¡Jesús! ¡El petróleo! —gritó Juana, y corrió hacia el lado en que había caído el quinqué—. Hallóle apagado, por fortuna, y profirió:

—¡Loado sea Dios! Voy por otra luz.

—Yo para acostarme no la necesito.

—La necesito yo hasta que aclare un poco más, y hay que recoger esto. Buena se habrá puesto la estera. —Y se fue fue por el pasillo.

Pedro estaba ya en paños menores, y dirigíase ya hacia la alcoba, cuando se detuvo de pronto al oír un ruido extraño que de ella partía. Miró hacia el suelo y vio que de debajo de su cama salía una cosa como arrastrándose. El pobre hombre quiso decir: «quién anda ahí», pero no lo dijo porque le faltó la voz. Aquella cosa, luego que hubo salido toda de debajo de la cama, se enderezó, y entonces, a la indecisa y tenue claridad que entraba por el balcón, se vio que aquello era un hombre muy alto y muy delgado, con semblante no muy bello, pero sí muy expresivo, y pelo tan lacio como enmarañado. Desperezóse con el mayor sosiego del mundo, abrió luego desmesuradamente los ojos, llevando las cejas hasta casi el nacimiento del pelo y estiró el pescuezo como si fuera de goma elástica, habilidades que por singular propiedad de su musculatura, lucía cuando niño, y que después repetía maquinalmente por vicio en todo lance crítico de su vida, y

acercándose poco a poco a su padre, que por inexplicable sensación retrocedía a medida que él iba avanzando con aquellos ojos de fantasma y aquel pescuezo de galápago, le dijo en tono muy reposado:

—Buenos días, papá.

Lo que luego ocurrió no merece ser referido. Que el padre, después de haber tomado el cielo con las manos, se metió en la cama y se quedó dormido. Que la madre, después de haber mediado entre uno y otro, de haber llorado a más y mejor, se dedicó a sus quehaceres domésticos. Que el hijo vio el furor de uno y el dolor de la otra sin inmutarse...».